

incontables familias, con el mínimo concedido a la ficción—se mueven con naturalidad, es más: con viveza, con un poco de vértigo. La prosa corre ligera, ligeramente azogada, en una economía limpia de retórico artificio. Párrafos breves, períodos enteros. Para qué adornos. Para qué florilegios. Las vidas dibujadas necesitan apenas unas sombras, apenas unos brochazos de luz, apenas unos rasgos sintéticos. Se perfilan casi a la simple enunciación de sus nombres: Leonor, Emma, Celia, Olga... Sabemos, por intuición, su estatura, el tono de su tez, el color de sus ojos, sus ademanes: son ésta y aquella amigas nuestras de la clase media, aquellas compañeras lejanas, aquellas mujeres por las que acaso sentimos un compasivo amor ansioso de calidez y de ternura, que tan dulcemente podrían darnos. Y los hombres también se nos vienen a la imaginación por su nombre vulgar, por alguna frase que sueltan, por una mezquina acción cualquiera: son conocidos y habituales, no precisa esfuerzo de reconstrucción premiosa para atinar con sus normas, sus caminos, sus contradicciones.

Grata, amable, bien hecha novela de Augusto Morales Pino, que no ha pretendido hacer gran novela de América, con materiales tan americanos, tan humanos. Hay modestia y gentileza en su labor. Quizá no salve, por desnuda de propagandas y alardes, las fronteras de la patria, las fronteras de las amistades literarias. Pero puede vivir larga y simplemente, porque un ancho soplo de humanidad la alienta y un principio de condolido ensueño nace de ella, y suavemente nos estremece.

CÉSAR BRAÑAS,
Guatemala.

ALFREDO GÓMEZ JAIME, *Blasones*.—Bogotá, 1938. xii-203 pp.

El gobierno nacional ha editado—bajo el título de *Blasones*—una selección de poemas de Alfredo Gómez Jaime. El poeta dedica este esfuerzo antológico a Tunja, su ciudad natal, para la que escribe en prosa limpia, y como prólogo de su libro, un caliente acto de amor. También en éste prólogo hace Gómez Jaime una serie de airadas consideraciones literarias que no podemos compartir. Según el autor de *Armonía y emoción*, la poesía llegó a la más alta y acabada cima de sus posibilidades expresivas, con el grupo modernista, hacia 1910. Todo lo que ha seguido en el orden de la belleza escrita le merece empenachado desdén o cautelosa desconfianza. “Mas hoy por hoy—dice—veo difícil la sustitución de aquella poesía honda, humana, de fondo clásico y de sentido eterno (se refiere a la de los modernistas), por eso vago, enigmático, tonto, que se pierde en el vacío y que nadie, ni los payasos que se fingen iniciados, pueden retener en la memoria”.

Creemos que no vale la pena polemizar en torno al asunto. Es obvio que las fórmulas literarias evolucionan y, con ellas, la sensibilidad de las

gentes. Es obvio que los de cada tiempo traen su mensaje que puede calificarse con criterio exigente, pero nunca negarse con tal énfasis. "Sabed, señora, que la vida es río", exclamaba un egregio portugués. Está muy dentro del humano egoísmo quedarse inmóvil, contemplando su imagen en la quieta fuga de las aguas. A esta actitud la califica un agudo analista contemporáneo con estas hondas palabras: "Ilusión de eternidad".

Gómez Jaime fué, inicialmente, un auténtico numen, un hombre con indudable vocación poética, sellado con la misión del canto. De entregarnos una obra limitada, podada, implacablemente podada, quizás hubiera asegurado una indiscutible perduración a salvo de consideraciones de escuela, grupo o dirección estética. Nos parece que lo perdieron la abundancia, la incontinencia retórica, la facilidad y la verbosidad. El humilde y puro manadero de belleza y de gracia, quiso ser catarata. Y se extravió en esta aventura del énfasis seudosublime. Sacrificó su propio acento, su realidad íntima a la espectacular vocinglería. Y también a la moda ambiente, es decir, al rubendarismo. Gómez Jaime asimiló la mecánica modernista, sus trucos vocabulares y metafóricos y esto lo condujo a escribir los versos impersonales de tantos "rubendaristas incondicionales".

Sin embargo, no es difícil en una rápida relectura de su obra hallar cabales aciertos, altos ejemplos de gracia poética; así, en el soneto "La Campana", en su elogio de la sangre española, en "Azul", en "Los versos son príncipes".

Y nos merece un profundo respeto, esta vida vivida en olor y fervor de poesía.

EDUARDO CARRANZA,
Bogotá.

F. GONZÁLEZ DEL VALLE, *Heredia en La Habana*. Cuadernos de Historia, N° 16.—La Habana, 1939. 91 pp.

Los hijos de La Habana fueron objeto de la siguiente crítica de José María Heredia en un juicio que escribió sobre la tragedia del alemán Zotsebue, *Pizarro o los peruanos*: "Los habaneros nos parecemos a aquel filósofo que, mirando a los astros, cayó en un pozo. Ansiamos continuamente saber lo que pasa a millares de leguas de nosotros, nos interesamos en la suerte de pueblos distantes y extraños, al paso que nada nos importa la nuestra".

La Habana, sin embargo, se ha interesado en el ilustre cubano que escribió tal crítica. El libro que tengo a la mano es una de las muchas pruebas de este interés, porque es un homenaje que esa ciudad le rinde a Heredia en el centenario de su muerte. Es un libro que figura en la serie de "Cuadernos de Historia Habanera", que dirige el culto historiador de la ciudad, doctor Emilio Roig de Leuchsenring.